

BERNABÉ MOHEDANO CUADRADO

VOLVER A  
CARRANQUE

El regreso de Materno Cinegio  
a su villa de Hispania

la esfera  de los libros

## Nota del autor

*Volver a Carranque* aspira a explicar el porqué de una singular procesión: ¿qué lleva a la hispana Achantia a exhumar el cadáver de su marido Materno Cinegio de la iglesia de los Santos Apóstoles en Constantinopla para cruzar el imperio y enterrarlo en su villa de Carranque, en Toledo?

Mi gran ambición ha sido que la novela resulte históricamente verosímil, algo imposible sin la ayuda de libros y estudios sobre el bajo imperio romano, Achantia, Materno Cinegio y, por supuesto, Teodosio, el emperador hispano que conquistaría el mundo e impondría el catolicismo niceno como la rama cristiana definitiva. Variadas han sido las fuentes consultadas, como puede verse en la bibliografía adjunta, pero de justicia resulta destacar las tres más utilizadas: *Historia del imperio romano*, de Amiano Marcelino, la principal fuente primaria de la época; *Por el ojo de una aguja*, del profesor de Princeton Peter Brown, una brutal disección costumbrista y de personajes del bajo imperio; y *Teodosio. Último emperador de Roma, primer emperador católico*, del profesor Gonzalo Bravo, por su foco en los que serán principales protagonistas de esta obra.

El libro se divide en dos partes y cada capítulo interior viene marcado temporal y geográficamente para ayudar a situar la acción. Los años utilizados siguen nuestro actual calendario. He empleado tanto topónimos actuales como de la época según consideraba que podían ayudar al ritmo de lectura. Para facilitar la comprensión po-

drá encontrarse la denominación actual de los antiguos adjunta. También he recurrido a las unidades de medida de la época.

La inmensa mayoría de los personajes utilizados existieron y pueden consultarse en el *Dramatis personae* adjunto, y en diversas ocasiones se transcriben citas textuales aportadas por historiadores relativamente contemporáneos en narraciones, diálogos o arengas.

También al final de la obra aclaro cuándo me he permitido cierta licencia narrativa, siempre sin alterar acontecimientos fundamentales, o el porqué de elegir algún camino determinado entre las diferentes tesis hoy día discutidas.

Los fallos que pudieran encontrarse son solo a mí atribuibles, discúlpeme sinceramente el lector.

# Primera parte

«El pasado ya no es y el futuro no es todavía».

SAN AGUSTÍN

*Salida de la procesión de Materno Cinegio  
Iglesia de los Santos Apóstoles, Constantinopla, marzo de 389*

El sol saludaba el arranque de la procesión aquella clara mañana después de una semana de intensas lluvias. Bajo su brillo, Constantinopla refulgía con su bullicioso pueblo arrojado a la calle, ansiando ser testigo del insólito acontecimiento que se celebraba. Meses llevaban discutiéndose en mercados, salones y tabernas los pormenores, provocando al más discreto y reacio a los rumores la curiosidad por contemplar y juzgar cuanto acontecía.

El gentío aguardaba la salida con ramas de olivo, lirios, claveles y cuantas flores acompañan al esplendor que derrama la primavera a su llegada. Los pétalos y una cama de juncias alfombraban la calle hasta el foro de Teodosio. Su perfume se mezclaba con el del incienso que los numerosos sacerdotes esparcían con sus dorados pebeteros entre el cortejo.

Bajaban por la empedrada calle que serpenteaba desde la cuarta colina bizantina, donde Constantino erigió la iglesia de los Santos Apóstoles soñando ser venerado como el decimotercero de ellos. Por presenciar en honrosa posición la exhumación de Materno Cinegio se había peleado toda la aristocracia oriental del imperio. También gran parte de la occidental ahora que Teodosio, tras ganar la guerra, ejercía como señor del mundo.

Sencillo resultaba señalar a los embajadores de las diversas provincias pese al indudable deje romano compartido. Pocos, de todas

formas, salían del mausoleo del gran Constantino que ahora servía como modelo a cada nueva iglesia edificada. Tal privilegio solo lo había merecido la familia imperial y lo más granado de la corte.

Encabezaban la procesión la misma banda cívica compuesta por más de tres centenares de instrumentos entre bronces, tambores, pífanos, trompetas y timbales que le había recibido un año antes en el muelle de Juliano cuando llegaba para ser cónsul. A ellos les seguían las plañideras entonando sus cantos fúnebres y los histriones que divertían al público y que cojeando y disfrazados de cónsul imitaban a Cinegio. Luego seguían los actores vestidos con las máscaras de cera de sus antepasados y tras ellos los símbolos conmemorativos de sus grandes obras: batallas de África y Moesia, templos, bibliotecas, su estatua de Alejandría, tratados sobre los más variados temas, decenas de leyes administrativas y religiosas y en último lugar la paz firmada en Acilisene con los persas y los barcos que sirvieran de señuelo en la guerra contra Máximo.

Tras ellos aparecía Cinegio, con la cara al descubierto, en perfecto estado pese a llevar ya un año muerto, llevado a hombros en un *feretrum* de fino vidrio sobre unas parihuelas formando una cruz griega. Junto él marchaba Achantia, su viuda, a pie junto a Clivio, su hijo.

De haberlo intentado, fácil le hubiera resultado distinguir su nombre entre los susurros del pueblo.

—Yo la vi una vez, en Tréveris, en el juicio a Prisciliano, cuando...

—Esa es, sí es cierto que podría ser Juno por su belleza...

—Dicen que fue ella la que convenció a Cinegio para...

—En su momento fue acusada de brujería en Hispania, pero gracias a...

A Achantia, los rumores le importaban tan poco como las horrigas al águila.

Era la tormenta que azotaba su alma lo que la turbaba. Sin prácticamente haber dado aún un paso, vislumbraba su misión prácticamente cumplida al haber podido por fin liberar a su esposo. Tal victoria en lugar de satisfacerla le cansaba. Aturdida, se sentía vacía, exhausta, tan consumida como con la muerte de Julia, Aelia Flaccilla y Prisciliano.

Estaba harta de pelear contra todos, de ignorar interesados consejos de prudencia que solo buscaban silenciarla.

Ansiaba desaparecer, desvanecerse sin dejar rastro alguno.

Era el último favor que le pediría a su primo, el único para ella, aunque en el fondo tampoco lo fuera. Obligado estaba, después de cómo le había ignorado con Prisciliano sabiendo para mayor escarnio la injusticia que se cometía. Por ese imbécil de Máximo, además, el que a ella le pretendiera y al que Teodosio acababa de derrotar en Aquileia para hacerse con el control del imperio.

El emperador se lo debía después de tanto, ¿qué más le daba ahora que casi era un dios?

De sobra conocía el postrero deseo de su fiel amigo, su obsesión con regresar a Carranque, su merecido descanso, su obscena persecución de la discreción, sencillez y humildad.

Achantia no permitiría abandonar la memoria de su marido en aquella cueva de oro. No era aquel su lugar, pese a que acabase siendo su sino. Menos aún después del juramento en su lecho nupcial y de cómo se lo recordara en su último aliento. Poco significaba para él ser cónsul pudiendo ser libre. Nada le hubiera importado abandonar el lecho de santos y emperadores. Ninguno le valía, salvo con el que soñara en casa.

Recordando su singularidad, su encandiladora testarudez, su recalcitrante tranquilidad, su inteligencia y capacidad de persuasión, Achantia, mientras caminaba, amenazó con derramar una lágrima y exhibir la debilidad que detestaba.

Rápidamente se volvió buscando una cara amiga.

Allí vio a su padre Floro, su madre Julia y su hermana Faustina junto a Syagrio, su marido. A sus sobrinos Arcadio y Honorio, su tía Egeria y su amiga María. La última le sonrió. Su amiga de siempre junto a Flaccilla. Cuánto extrañaría sus confianzas, su sabio consejo, su complicidad. Mucho se habían unido tras la muerte de Aelia Flaccilla y especialmente en el último año, en el que ambas pelearon el permiso para recuperar a Cinegio. María había fantaseado con acompañarla, aunque intuyera la disconformidad de su cuñado. Teodosio deseaba mantener a la familia unida, por eso había ahijado a sus sobrinas, sus hijas con Honorio y se las había traído desde Hispania al morir este. Lo que la fantasía de María inició como viaje completo a Hispania, más tarde se quedó en Milán para acabar muriendo en la nada.

Partiría ella sola.

Agradeció la amistosa mirada de María. Reconfortada por el cariño que le transmitía, Achantia se volvió para mirar al frente. Ambas sabían que jamás volverían a verse.

Pasaron el interminable acueducto comenzado por Constantino y finalizado por Valente y que llegaba hasta la tercera colina. El féretro de Cinegio seguía meciéndose por el acompasado ritmo de los porteadores. Habían tenido que establecer turnos ante la demanda de voluntarios, aunque Achantia sospechaba que más se debía a la propina que al afecto.

El lujo en el luto de la muchedumbre declinaba según se alejaban de la iglesia y se ensanchaba la calle. Llegaban al foro en el que trabajaba Teodosio, el que debía dejar su firma para la posteridad. Lo hacía sobre el antiguo del Toro, ampliándolo y engalanándolo con estatuas e iglesias. Achantia buscó el enorme pedestal que el emperador construía para cuando llegase el obelisco desde Alejandría. Aquel que Cinegio le recomendó como símbolo de triunfo sobre Máximo obviando su consejo. Para ella era más un objeto pagano que un monumento de victoria. Motivo de discordia y no de grandeza. Algo digno de esconderse o cuando menos olvidarse arrumbado en su lugar de procedencia y no materia de exhibición y orgullo.

Lo que para ella era incoherencia, para él era perspectiva. Cuántas veces habrían discutido por materias como aquella y con cuánto mimo había tratado sus momentos de radical locura como cuando, desatada en Siria, destruyó templos, estatuas y cuantos símbolos paganos se cruzaron en su camino. Nadie había sabido tratarle como él.

Desde el foro de Teodosio finalmente enfilaron la Mese, la calle principal de la ciudad que comunicaba el palacio con la vía Egnatia, por la Puerta Áurea. La calle se ensanchaba muriendo en pórticos que albergaban múltiples y variados comercios a duras penas visibles entre las cabezas del gentío. Un par de docenas de palomas cruzaron el cielo asustadas por el coro de las campanas de las múltiples iglesias que repicaron las dos.

A paso corto y solemne, emplearon unas tres horas y media en recorrer la ciudad. Achantia vislumbraba ya las torres cuadrangulares que flanqueaban la inmensa Puerta Áurea. Abierta en sus arcadas laterales para su cónsul, coronadas estas por las parejas de elefantes de

oro que le enviara Sapor para celebrar la paz que su marido firmó en Acisilene. Sin duda tres de las mejores semanas de su vida, cuando había recuperado su relación con Cinegio y había concebido a su pequeña Cinegia, que marchaba en una carroza posterior.

Al llegar a las puertas, sobre la central, cerrada e inmensa, pudo leer la inscripción que recientemente había mandado inscribir Teodosio tras su victoria sobre Máximo:

*Haec loca Theodosius decorat post fata tyranni*

*Aurea saecla gerit qui portam construit auro*

Teodosio decoró este lugar tras la caída del tirano.

Él trajo una edad dorada que construyó esta puerta con oro.

Su intención, que la historia cumpliría, era que de allí en adelante solo se abriría para recibir al emperador victorioso.

La vía Egnatia se abrió ante ella para llegar hasta Roma. Ella se desviaría antes. En Milán para seguir hasta Hispania.

A la orilla del camino todavía una muchedumbre les vitoreaba; según avanzaron se espació y desapareció en el horizonte. Este aparecía diáfano y, como siempre, se perdía en la distancia. Allí, tras las miles de leguas que le acechaban, Achantia creía observar el Dirrama cruzando frente a su casa, el infinito camino de entrada flanqueado por cipreses y álamos, el olor de su cuarto y su terma y el del azahar del jardín en aquella misma época del año. Su hogar. Por fin lo había conseguido. Regresaba a Carranque.

*Anfiteatro de Thysdrus, África, septiembre de 363*

Era el segundo día de juegos en Thysdrus, el primero al que asistía Materno Cinegio en su vida. El mejor regalo posible por su reciente duodécimo cumpleaños. No se lo hacía su padre, sino Lucio Vero. Este, en realidad, homenajeara a Marco, su primogénito, que cumplía seis años más que nuestro protagonista.

Complicado era que se lo hubiera hecho Ausonio, el padre de Cinegio, postrado en su cama, probablemente borracho ya, pese a no haber almorzado aún, como casi siempre desde que había regresado de la guerra. Desde su fatal encuentro aquella primavera con el gran visir sasánida. Tras conquistar Pirisabora, mientras servía como tribuno en la III Augusta de Juliano, el que, soñando ser Trajano o Alejandro, invadió y atravesó Persia. Oteaba ya el ascenso para vestir la banda ancha de tribuno por sus años de servicio y, sobre todo, la *phalera* de oro concedida años antes por Constancio por su valor en el sitio de Amida.

En el fatídico encuentro contra el visir, de los pocos que perdió Juliano pese a su desastroso final, solo el escuadrón de caballería de Ausonio había combatido con honor cayendo él gravemente herido, desafortunadamente vivo, aunque inválido para siempre. Otros dos tribunos huyeron cobardemente con sus escuadrones para postramente ser castigados con la muerte.

Cinegio anhelaba escuchar aquella historia o la de Amida de la voz de su padre como el sediento lo hace con el rumor del manantial.

Sin lloros, insultos, golpes ni lamentos. De nada le servían el reconocimiento, las tierras y el oro que habían acompañado a la *phalera* si en la guerra había perdido el corazón y la cabeza.

Deprimido, sintiéndose culpable a veces por desear haber sido uno más de los doce mil romanos que allí habían muerto con Constancio, Juliano y Joviano en lugar de la sombra en la que se había convertido, sufría y evitaba encontrárselo pasando el menor tiempo posible en casa o refugiándose en sus libros cuando lo hacía.

En aquel momento poco le importaba, en cualquier caso. Olimpio pelearía en la arena.

El pueblo se arracimaba en las inmediaciones del coliseo desde el alba. Saludándose, gritando, cantando, bailando, apostando, bebiendo, callando solo para escuchar el recurrente rugido y lamento de las fieras que, hambrientas tras tres jornadas en ayunas, intuían trabajo y festín.

Cinegio entró por una de las sesenta arcadas de piedra caliza, impresionado por la cantidad de gente y atónito por el tamaño del interior. Al fondo, entre las cabezas que le precedían y las columnas con incrustaciones de mármol y bronce, distinguió la arena. Mucho más oscura de lo que esperaba, quizás por el contraste con el mármol blanco que ocupaba todo. Instintivamente trató de acercarse.

—Materno Cinegio, no te despistes, que nos conocemos —le dijo Clodia, su madre, con tono de enfado, incómoda por encontrarse allí. Apretándole con fuerza la mano, variándole el rumbo y atrayéndole para que le siguiera. Delante marchaba Aurelio, el atriense de la familia, enseñando las entradas a los acomodadores que dirigían al público entre los distintos vomitorios.

Ascendieron hasta el tercer piso, el reservado para mujeres e infantes, para las familias de los senadores, militares, funcionarios y grandes terratenientes o comerciantes.

Tras hablar con un nuevo acomodador, Aurelio les indicó la fila y los asientos que les correspondían desde la distancia, pues no les estaba permitido el paso a los esclavos.

—Disfruta, *domine* —le dijo en tono confidente, acariciándole la cabeza mientras pasaba. Cinegio le respondió con una sonrisa sincera y compartida. No dudaba en hacerlo.

El ruido era ensordecedor, pues no había quien evitara ser visto u oído, compitiendo por reconocer y verse reconocido como un

privilegiado más de los que están donde y cuando hay que estar. Pocas le parecían a Cinegio las treinta y cinco mil personas que aseguraban que abarrotaban el anfiteatro. En el piso superior, sin sitio fijo asignado, el pueblo llano ocupaba escaleras y pasillos y había quien ni siquiera lo veía bastándole con escucharlo. Un gran *velarium* verde y blanco les protegía a todos del inclemente sol africano.

—Allí está vuestro tío Clivio —les dijo Clodia a Cinegio y a Gala, su hermana, señalándoles hacia abajo y la izquierda con un ligero movimiento de cabeza.

Cinegio, siguiendo la indicación, le buscó en el *podium* pintado de blanco por las túnicas bordadas que lo ocupaban y que destacaban entre el gentío como la ola levantada por el viento en el mar o el algodón entre la hojarasca. Allí lo encontró, aunque era difícil por su baja estatura, en la zona alta, junto a uno de los pebeteros de incienso, cerca de varios oficiales vestidos de gala, charlando con su amigo Amiano, tan alejado del ajetreo general como las dos palomas que, distraídas, paseaban por la arena hasta que el clamor general las asustó e hizo levantar el vuelo.

—¡Lucio, Lucio, Lucio! —El pueblo, jubiloso, festejó la entrada de su anfitrión coreando su nombre en pie.

Lucio Vero saludó pausada y elegantemente a su alrededor alzando su mano derecha y, con un gesto estudiado, cedió el paso a su hijo Marco para que junto a Clodio Octaviano, procónsul de África, que marchaba delante de ellos, presidiera la celebración.

Cinegio, advirtiendo el gesto de complacencia de su tío en la distancia, sabiendo que Lucio Vero era amigo suyo, aplaudió fervientemente contagiando a sus vecinos. Antes de sentarse en un palco especial distanciado del resto del *podium* y que se incrustaba en el muro que separaba los asientos de la arena, Clodio Octaviano hizo con el pañuelo la señal de inicio convenida. Un coro de trompetas de bronce respondió a la orden y al instante se abrió la *porta libitinaensis*, la de los muertos, situada bajo el palco.

## II

Abrían la función dos *damnationes ad bestias*. Un hechicero y un asesino.

El hechicero se llamaba Teodoro y se le condenaba por leer las estrellas, matar a un asno y curar a una niña. Tres pruebas irrefutables de brujería. Teodoro, tan solo vestido con un calzón blanco y una larga capa roja a su espalda, salió escoltado por dos legionarios que le acompañaron hasta un poste que, indiferente, le esperaba en medio de la arena.

En su camino buscaba entre el gentío, que compulsivamente le insultaba, al padre de la niña curada para maldecirle. Al que había testificado en su contra por pronunciar extrañas palabras durante la curación de su hija. Indigno le parecía tamaño desagradecimiento por mucho que le hubieran pagado sus enemigos, seguramente los mismos bastardos que perseguían arrebatarle su olivar y su viñedo.

Los dos legionarios le amarraron las manos tras el poste y le encapucharon con una tela negra como al halcón en el paseo.

Teodoro se acordó de su mujer Hippiia y de sus hijos Cornelio, Libanio y Alipia. Pobres. Nada les dejaba ahora más que su mancillado apellido. Su pequeña Alipia, que contaba con la misma edad que aquella niña enferma, Eugenia se llamaba. No podía arrepentirse de haberla curado, mucho menos por las palabras en griego que encomendaban la operación a Asclepio para que asegurara su recuperación. Para eso había estudiado en Epidauro.

Reflexionó sobre el padre de Eugenia y le recordó como un ignorante, pero un buen hombre; educado, agradecido, generoso hasta querer pagarle con un dinero que no tenía. ¿A qué se debía su traición? Quizás no hubiera sido el oro su precio sino otro de mayor peso que ignoraba. ¿Podía él juzgarle sin conocer sus auténticas motivaciones? ¿No estaría siendo injusto en su odio? ¿Acaso no se comportaba como el despiadado juez que a él le había condenado?

Los soldados, abandonando a Teodoro con sus pensamientos, se retiraron y de nuevo los trompetistas se ganaron el sueldo.

Dos toros hispanos salieron de sendas trampillas en los laterales de la arena. Uno colorado y otro negro zaíno. Probablemente hermanos de encaste por sus semejanzas, pues ambos mostraban un morro casi tan ancho como su poderoso cuello, un cuerpo largo y alto de cruz y una boca cerrada que les daba un aspecto tan serio como el entierro que auguraban sus largos, horizontales y astifinos pitones.

Despistados por el ensordecedor griterío que les saludó, no tardaron en romper a la carrera levantando polvo mientras perseguían a los enemigos que les llamaban golpeando el muro desde las primeras filas.

Tras reconocer el terreno y mientras el colorado continuaba despistado, el negro frenó en seco percibiendo la razón de ser de la capa roja que, levantada por una brisa suave, ligera y traicionera, descubría a su objetivo: el inocente Teodoro.

Inmóvil y a oscuras, tan solo como el enamorado que enviuda joven, relativamente ajeno al drama que se avecinaba, Teodoro seguía ensimismado en sus pensamientos. Consciente de cómo la parca acechaba e intuyendo la cercana llamada de los dioses decidió, magnánimo, perdonar al padre de Eugenia. Ahorrarle la maldición de un futuro muerto y del peso de la condena que acarreaba. Se negaba a juzgarle ciegamente. Aunque así le castigaran sus enemigos él, rebelde, les vencería viendo mucho más allá de su negra capucha y destino.

Satisfecho consigo mismo por su generosidad, por su superioridad moral, imaginando la segura e inminente felicitación de Plutón al verle, el valiente Teodoro dibujó una sonrisa donde solo las lágrimas y el horror tenían sentido. Para qué buscar mayores misterios si imposible es comprender el alma humana.

—No puedo mirar. No entiendo cómo se puede disfrutar con esto —dijo Clodia, inconsciente de la entereza de Teodoro, pero no de la tragedia que protagonizaba.

Como sincera cristiana aborrecía aquel espectáculo para bestias al que se había visto arrastrada por la insistencia y obsesión de su hijo con Olimpio. No podía negárselo tras el drama en que se había convertido su casa desde la llegada de su marido Ausonio, cuando el niño había descubierto la crudeza de la vida al encontrar en su padre a un villano en lugar de un héroe.

Por primera vez le veía sonreír. Aunque fuera en medio de aquel infierno. Ojalá fuera tan sencillo para ella.

Cinegio estaba a otra cosa. Como la gran mayoría andaba ávido de acción y sangre con esa crueldad tan intrínseca al hombre como el hambre y la sed. En Teodoro no reconocía más que a un hechicero, seguro culpable de quién sabe cuántas tropelías. Con cierta

superioridad observó a su madre y a su hermana tapándose la cara. Mujeres, pensó mientras sonreía.

El anfiteatro había mudado de marejada a mar en calma y anhelante, realizando la misma pausa que el toro zaíno, y, aguantando la respiración, aguardaba el inmediato desenlace.

El toro negro cabeceó y, seguro de su próximo objetivo, escarbó con su mano izquierda la arena midiendo la distancia y el golpe antes de lanzarse en frenética carrera para embestir certero al hechicero. El poste se partió, volando como la brizna de hierba en la tormenta, y Teodoro quedó prendido entre los pitones del astado desatando el júbilo de la multitud y poniendo a juego el calzón blanco con la capa roja. Los alaridos de dolor y terror se oyeron en la ciudad. Tras varias cornadas, el toro negro lo dejó en el suelo para que rodara ensangrentado sobre él mismo, y salió con la cara alta, desafiante, restando a quien se atreviera a cruzar la mirada con aquellos ojos profundos, pequeños y violentos.

El hermano colorado, hasta ese momento espectador de excepción, azuzado por un *mastigophorus* con un hierro candente, creyó encontrar al culpable de su castigo vestido con la maldita capa roja. Teodoro, todavía a oscuras, trataba de levantarse patéticamente a saber con qué objetivo. Antes de que pudiera hacerlo, mientras trastabillaba, el astado, con una violencia similar a la de su hermano, le alcanzó de costado desplazándolo varios cuerpos y dejándolo inconsciente pero no sin castigo, pues con él siguió cebándose como el buitre con el cadáver.

Las trompetas indicaron el final de tan macabro espectáculo, la recogida de los toros y la salida de dos operarios que, disfrazados de Caronte, remataron a lo que quedaba de Teodoro. El pueblo, enardecido, le despidió con una estruendosa ovación mientras se lo llevaban por la *porta libitinensis*.

El hechicero había sabido morir decentemente.

La segunda *damnatio ad bestiam*, seguía el modelo de los *bestiarius*, el mito de Orfeo. Unos treinta libertos, a la carrera, en ensayada coreografía, instalaron una pasarela de madera pintada de verde en medio de la arena. Simulaba ser una montaña con forma de serpiente como la que mordió a Eurídice. A su lado colocaron retama en abundancia, varios árboles como los de los montes Ródope y Hemo

e incluso una especie de estanque rodeado de rocas blancas. Entre los asistentes de las primeras filas se repartieron otras piedras de buen tamaño.

El público ovacionó a Lucio Vero por el despliegue.

El asesino se llamaba Adriano. Un viejo centurión, veterano en mil batallas. Tres hombres había ajusticiado en una reyerta de taberna. Uno de ellos, Nicómedes, era un poderoso comerciante de Hipona que celebraba una lucrativa operación, famoso por ser un imbécil incluso tan lejos de su casa. Arrogante, soberbio, altivo, arrojó unas monedas al suelo buscando humillar al borracho de la mesa de al lado. La mala suerte colocó allí a Adriano. Tan virtuoso ante la muerte como fracasado con la vida. Un hombre que solo perseguía acallar las voces que le atormentaban, difuminar las caras que le perseguían y ahogar los recuerdos de la guerra en la penúltima jarra de cerveza. Muy mal maestro para aprender que no todo en la vida tiene precio. Caras son las lecciones de los viejos legionarios a personajes como Nicómedes.

De nuevo se abrió la *porta libitinensis* y de entre las sombras surgió Adriano con la cara alta y el pecho inflado. Tendría unos cuarenta y cinco años, pero conservaba la figura y el pelo. Portaba una corta túnica blanca hasta las rodillas abrochada por un cinturón dorado, una capa roja similar a la de Teodoro, una corona de laurel y una lira. Por si con esta no amansaba a las fieras como Orfeo a Cerbero, también llevaba seis jabalinas. Si no alcanzaba para salir inocente del juicio, de algo servía su condición de legionario veterano. Marchaba con paso firme y mirada larga, sin trabarla con nadie. Tan pronto se vio libre, despectivamente tiró la corona y la lira al suelo y se encaramó a la serpiente con un ágil salto. No estaba allí para hacer el imbécil.

El público aplaudió la resolución y rebeldía del soldado. A Cinegio le sobrecogía el sosiego de los ajusticiados, la categoría con que se enfrentaban a su fatal destino.

De nuevo las trompetas abrieron las trampillas, pero en esta ocasión para liberar a dos enormes felinos.

—¡Panteras! —gritó admirada la vecina de debajo de Cinegio.

Fascinado, Cinegio observó a aquellos colosales animales que paseándose reconocían el escenario. Unas enormes argollas al cuello sujetaban las cadenas con las que los *mastigophori* aseguraban que

su recorrido no alcanzaría la grada. La boca, abierta, parecía no ser capaz de albergar el tamaño de los colmillos. Las amarillas garras bailaban sobre la arena con elegancia. La de la izquierda, con un salto, buscó la defensa de la retama como la codorniz el rastrojo de trigo. Allí se agazapó hasta recibir el tirón de un *mastigophorus* que la sacó de su escondite. En la carrera aprovechó para dirigirse a la montaña con forma de serpiente donde se encontró con la certera primera jabalina de Adriano. Un grito de alborozo acompañó la voltereta de la fiera. Una menos. Había combate.

Inclinado siempre por una natural simpatía hacia los legionarios, Cinegio se levantó y gritó:

—¡Vamos, aguanta, valiente!

—Calla, enano —le dijo su hermana despectivamente, abochornada sin razón, pues a nadie le importaban, salvo a ella, los gritos del chiquillo.

—¡Tú puedes! —continuó Cinegio, ignorándola como siempre, entre el bullicio general.

La trampilla volvió a abrirse y, en esta ocasión, de las sombras, asomó un león que dejaba en gato a las panteras. El público estalló de júbilo vitoreando a Lucio por su generosidad. Él se levantó saludando. Adriano, no tan contento, torció el gesto con el cambio. Como si importara. Su ingenuidad era aún mayor que su confianza. Antes de que el león se acercase, hacia él voló la segunda pica que pudo esquivar recibiendo solo un rasguño en el lomo. Adriano lo quería a distancia.

Tras unos instantes de quietud, una vez que los animales ya entendían el peligro al que se exponían, la segunda pantera, alentada por los *mastigophori*, intentó tomar la serpiente recibiendo un nuevo castigo que, aunque no acabó con ella, sí le hizo huir hacia los árboles cojeando de su pata izquierda. El público estalló de nuevo ante el valor del soldado. Había más de un león en la arena.

—¡Missio!

—¡Vida, clemencia!

—¡Gloria!

Eso gritaban muchos con Cinegio a la cabeza. Suspirando por un merecido final feliz, soñando con que las jabalinas que tan diestramente lanzaba aquel valeroso brazo se destinaran a enemigos de Roma y no a entretener unos juegos provincianos.

De repente, de las primeras filas, una decena de hombres se alzó para apedrear al legionario como las bacantes tracias hicieran con Orfeo. Serían amigos de Nicómedes o apostantes que veían peligrar su ganancia. Aquello no lo esperaba el centurión que alcanzado por varias perdió el pie, la defensa, la altura y la esperanza propia y de cuantos le animaban. El león, con un ronco rugido se lanzó a por su presa, hambriento de venganza y sustento, de un zarpazo lo desce-rrajó como se limpia al conejo ya abatido con daga afilada. La sangre, las tripas y el olor a muerte inundaron el anfiteatro. Allí acudió ansiosa la pantera coja hasta ser retirada junto al león, antes de saciarse, pero tras descuartizar a nuestro efímero héroe.

Los Carontes retornaron a escena, esta vez más para recoger los dispersos trozos del reo que para rematar nada. Mientras los operarios limpiaban la sangre de la arena esparciendo sobre ella hojas de azafrán, aprovechando el fin de los *ludi meridiani*, el público se dispuso a almorzar.

—¿Qué hemos traído, madre? —preguntó Cinegio, mirando a su alrededor cómo la mayoría contaba con viandas.

—No entiendo cómo puedes tener hambre, hijo —le respondió Clodia con una mueca de disgusto.

—Yo no vuelvo a comer carne en mi vida —añadió Gala, simulando el vómito—. Tampoco pienso volver aquí.

—Coge algo de lo que ofrecen los libertos, hijo —le dijo Clodia.

Cinegio, más por imitación del entorno que por necesidad, comenzó a beber algo de vino y a comer del queso, las uvas y las tiras de carne que repartían los libertos a la salud de Lucio.

Como a su madre y a su hermana, a él también le costaba tragar, pero no por exceso de escrúpulos sino por los nervios ante lo que se avecinaba. El momento ansiado desde que se enterara hacía un mes en el *edicta munerum*.

Olimpio combatía con Scaeva.

### III

Cinegio había conocido a Olimpio, el Cónsul, tres años antes, contando nueve, con su padre ya guerreando en Persia, antes de que tocara el cielo en Amida y el infierno en Pirisabora.

Coincidiendo con unos juegos en Thysdrus, Cinegio, siempre curioso, convenció a Aurelio el atriense para que le acompañase hasta el *ludus* imperial con el objetivo de cruzarse con alguno de los célebres gladiadores que combatirían. Allí, en la puerta, entre la gente, distinguió en la distancia a uno de los más aclamados, Olimpio, el ídolo, primero de Egipto, más tarde de África y ahora del imperio entero. Un Hércules moreno de piel y pelo, alto como una torre y ancho como el océano. Apodado el Cónsul por la suficiencia y estilo con el que se movía en la arena.

Jamás había visto Cinegio un hombre tan grande, tampoco Aurelio. Parecía caminar dos palmos sobre el suelo y se movía entre el gentío como un águila entre gorriones. Sobrado. Loado por los hombres, agasajado por las mujeres y asaltado por los niños, se detenía con cada uno para regalar saludos, abrazos, sonrisas o besos, según mereciera el demandante y anduviera su ánimo.

—¡Olimpio! —chilló Cinegio como tantos otros mientras se acercaba. Demasiado lejos para que advirtiera su presencia. Algo tenía que hacer para verle de cerca, para comprobar si aquel coloso era real o una ilusión. Zafándose de Aurelio, adentrándose entre el bosque de piernas que les separaba como el zorro perseguido entre las zarzas, alcanzó la primera fila de contacto—. ¡Cónsul, Cónsul! ¡Aquí! —volvió a gritar más fuerte, tan cerca como para tocarle su pierna de mármol y asirle de su verde túnica.

—¡Cuidado, hijo! —rió el gigante, divertido ante la osadía del muchacho—. Ahora, verás —dijo mientras le cogía con aquellos brazos como raíces de encina, alzándole al cielo con la facilidad con la que lo hace el perro de caza con el conejo cobrado—. ¡Cuidado con quién te metes, valiente! —se despidió, dejándole de nuevo, con una ancha y sincera sonrisa, revolviéndole su pelo rizado azabache.

Con aquel gesto se ganó a su mayor admirador. Siempre pendiente de sus noticias y rumores. Preguntando a quien se cruzara. Obseso por seguir sus derroteros, sus combates y victorias. Junto a él recorría el imperio y luchaba contra bestias y hombres, aunque jamás abandonara Thysdrus ni pisara la arena.

Olimpio era un *auctoratus*, un gladiador voluntario. Consciente de su superioridad física como lo es el león entre las hienas, había escogido el camino de la arena y el combate *virtus causa*, aunque no

despreciara el oro que conllevaba. Soñaba ser tan legendario como Flamma o Antríoco, sabedor de que en Roma aquel cetro brillaba casi tanto como el del emperador. Contaba quince victorias y un empate por solo dos derrotas, ninguna de ellas desde que se especializara como *secutor* hacía ya trece enfrentamientos.

Hoy en Thysdrus no se enfrentaba a un rival sencillo. El *retiarus* sería Vinicio, un esclavo germano apodado Scaeva por su condición de zurdo. Veterano de un prestigioso *ludus* de Antioquía con siete enfrentamientos y solo dos derrotas.

Una vez saciado el apetito, tras un nuevo gesto del pañuelo del prefecto, las trompetas de bronce anunciaron el final de la espera y la llegada de un expectante silencio que se apoderó de la grada. Las voces callaron mientras los corazones galopaban desbocados. Los setenta mil ojos allí presentes perseguían al liberto que abría la *porta triumphalis*, la que simbolizaba el nacimiento y la vida. Tras el chirrido de las goznes, de entre las sombras surgieron los dos hombres que habían de jugársela.

—¡Cónsul! —rompió el silencio un desgarrado grito de una admiradora abriendo el paso a un huracán de aplausos, aullidos y gestos.

—¡Vamos, Olimpio, vamos! —comenzó a chillar Cinegio entre aquel coro de trastornados capaces de partirse las manos entre aplausos, lanzarse al vacío con sus brincos y asfixiarse visto el rojo color de sus caras.

La imponente presencia de los gladiadores justificaba la locura desatada desde la primera a la última fila. Ambos descalzos, con paso firme y seguro, daban la vuelta a la arena en sentido contrario.

Olimpio refulgía bañado en aceite, luciendo sus desproporcionados músculos al levantar, arengando al público, el *gladius* y el escudo que portaba como *secutor*, ambos a juego con su gigantesco tamaño. Arrogante, confiado, los chocaba entre ellos desde cada lado de su pecho, tan ancho como la rueda de una cuadriga. El Cónsul disfrutaba del paseo, calentando, tirando estocadas, estirándose y dando pequeños saltitos y fintas, generando según avanzaba una ola en la grada al levantarse la muchedumbre.

Vestía el *subligaculum* de color verde, su preferido, y las *fasciae* de cuero, de muñeca a codo y de tobillo a rodilla, salvo en la pier-

na izquierda, la de guardia, donde portaba una *ocrea* dorada. Cinegio le imaginaba sonriendo pese a no poder advertirlo por el descomunal casco que le cubría hasta el cuello. Un casco plateado, abierto mínimamente en los ojos, sacrificando la visión para evitar al tridente del *retiarius*, sin adorno alguno que facilitara que lo atrapara la red enemiga. Su atuendo, poderosas extremidades y cetrino color le daban el aspecto de una enorme hormiga, de esas inmortales que sobreviven a la asfixia y el aplastamiento de los crueles juegos infantiles.

A Vinicio, en cambio, al no portar casco, sí se le distinguía el rostro y no era el propio del futuro rival del Hércules egipcio. No parecía temer a su contrincante. Valiente, tranquilo, sonriente, confiado, ansiaba ser el primero en vencer al Cónsul y que su historia llegara a su mujer y a sus hijos al otro lado del Rin. Incluso soñaba con volver a verles tras conseguir el *gladius* de madera. Bien lo merecía tamaña hazaña.

Pese a la animadversión previa que por él sentía por enfrentarse a su héroe, Cinegio no pudo evitar una cierta simpatía e incluso admiración por el germano ante tal derroche de valor y hombría. Aquellos hombres estaban hechos de otro barro.

El *retiarius*, de unos treinta años, era castaño de pelo, atlético, fino, ágil, alto, pese a parecer bajo comparado con Olimpio, con ese sonrosado color que padece la piel norteña bajo el sol africano. Su *subligaculum* era blanco y por su condición de zurdo llevaba la red en la izquierda y el tridente y la pequeña daga en la derecha lo que le hacía más temible. Aparte de las *fasciae* en antebrazos y tibias, portaba la *manica* y el *galerus* metálicos color plata en su brazo y hombro derechos.

El penetrante toque de un cuerno, silencioso hasta ese momento, dio por finalizada la vuelta de reconocimiento, acalló hasta el último murmullo y dio entrada a los dos árbitros, el *summa rudis* y el *secunda rudis*, que con su vara vigilarían el acatamiento de las reglas en la contienda. Ambos gladiadores se plantaron frente al *podium* y alzando la mano derecha, con un profundo grito, pronunciaron el protocolario saludo dirigido a Clodio Octaviano como máximo representante del imperio:

—*Ave, Caesar, morituri te salutant!*

El enfervorecido público desató de nuevo una atronadora ovación mientras ya ambos se colocaban en sus respectivos puestos.

—¡Van cien sestercios por el Cónsul!

—Que sean doscientos por el germano. Mira su cara, presiente la victoria.

—¡Cubro eso y subo quinientos más, si tan seguro estás!

El pueblo apostaba sin medida, borracho de codicia, confundiendo la gallardía con la estupidez, como si en el anfiteatro la moneda perdiera el valor que con tanto esfuerzo costaba ganarla fuera. Confundidos por sus pasiones, convencidos por sus corazonadas o los falsos guiños de Hermes, los mismos que tacañeaban en el mercado y habían olvidado el olor de la carne perdían cuanto poseían, hasta su honor, la libertad o la de su familia.

Insondable es el mundo del azar, hijo de la avaricia y padre de la ruina, capaz de perder al más cuerdo como a la mariposa en la telaraña.

Cinegio ni les escuchaba, él solo tenía ojos para su ídolo.

—Vamos, Olimpio, acaba con él a la primera, como en Constantinopla —susurró concentrado, nervioso, fingiendo no mirar, para sus adentros, dándose ánimos al recordar una de sus más aclamadas victorias en las que acabó con su rival en segundos.

Olimpio pareció escucharle y sin dilación se lanzó en vertiginoso ataque contra Scaeva. Este también conocía la treta y, esperándole, saltó hacia atrás ágilmente, zigzagueando ante cada estocada, con el tridente en alto, amenazante. Vinicio buscaba escapar de la visión del gigante, sin prisa, consciente de que el tiempo corría a su favor, pues, por muy fuerte que fuera el egipcio, el peso que acarrearía acabaría mermándole.

El coloso, tras comprobar que su primera embestida fracasaba, varió de táctica y como la aguja del reloj de sol permaneció inmóvil, enroscado a la arena, girando solo lo suficiente para mantener el contacto visual con el germano, ahorrando energía, aguardando su momento con la espada en alto como un gigantesco y mortal escorpión.

El *retiarius* tomó entonces la iniciativa buscando carne con el tridente, hiriendo piernas y brazos, entrando y saliendo de forma vertiginosa, por arriba y por abajo, brincando de izquierda a derecha, agitando la mortal red por encima de su cabeza como si manejara la muerte, lanzándola y recogiénola sin presa, pero con inmenso peligro.

Cada estocada, cada herida, cada choque metálico, cada grito o cada finta se celebraban como el nacimiento de un varón, una cosecha espléndida o una herencia desconocida. El público, en pie, perdida la noción de sí mismo, embriagado por el hipnótico baile del mas-tín y el gato, se abrazaba, chillaba, lloraba y apostaba sin sentido. La pericia de ambos, su magistral lucha, no dejaba a nadie indiferente, y hasta Clodia y Gala contenían el aliento y animaban al Cónsul contagiadas por el clima de locura.

El egipcio, inalterable, economizando movimientos, encajaba los golpes del tridente como un oso los picotazos de una abeja y solo se movía para rechazar con el escudo la red. Así lo hizo dos, tres, cuatro veces hasta que a la quinta llegó el momento que esperaban él y Cinegio.

Según caía la red sobre él, en un movimiento mil veces ensayado, dio un paso a la izquierda, soltó el escudo y alcanzando la red con la mano, enrollándosela, tiró de ella con enorme fuerza, embistiendo y atrayéndose hacia sí a Scaeva. Este, confundido, atónito al descubrir que a quien consideraba un agotado elefante era en realidad un gigantesco lobo al acecho, no alcanzó a cortar la cuerda que le unía a la red con su pequeña daga y encajó un descomunal cabezazo del gigante que irremisiblemente le llevó al suelo. Allí, sobre el cuello, le atrapó raudo con su pie el Cónsul como a la perdiz alicortada, apoyándole la espada en la cara y mirando al pódium a la espera del veredicto.

—¡*Missio!* —gritó Cinegio.

—¡*Missio!* ¡Clemencia! ¡Vida! —gritaba el público con el puño en alto y cerrado, ondeando los pañuelos y los bordes de las togas en una inmensa marea blanca, incluso los que habían perdido su fortuna, contagiados por el valor y la destreza de *secutor* y *retiarius*.

Ansiando premiar con la vida a quien con tanto arrojo había desafiado a la muerte.

Clodio Octaviano coincidió con la mayoría y alzando el puño le regaló la vida a Vinicio que esperaba con una rodilla sobre la arena, sujetando la pierna del vencedor con una mano mientras le mostraba su garganta por si debía ser degollado.

Tras el veredicto, Olimpio caminó victorioso al centro de la arena para bañarse en el éxtasis general. Allí se quitó el casco, desn-

dando por fin su sonrisa, saludando mientras sujetaba el *gladius* en alto, sobrado, señor en su reino, esperando su manto púrpura, la corona de laurel, la palma de la victoria y la bandeja de plata.

Cinegio, deslumbrado, llorando de alegría, de repente recibió en su interior la descarga de un trueno. Algo nunca experimentado. Una especie de visión. Un relámpago sobre su instinto. Una certeza sobre el futuro.

Supo, sin entender cómo, que él sería el Cónsul, o casi. Que vencería a otros hombres, los gobernaría, que sería escuchado, que llegaría lejos, que podía pelear o medirse con cualquiera si perseveraba.

La impresión, el augurio o lo que fuera aquello que le sucedía, en cualquier caso, le dejó un sabor amargo. Sumamente extraño, confuso. Difícil de encajar y más siendo un niño al que algo similar le sucedía por primera vez.

Estremecido, sintió que siendo aquello cierto, irrefutable, sería fugaz, que aquella visión no se completaría totalmente. Que pese a merecerlo y casi llegar a cumplirlo jamás llegaría a ser el Cónsul. Que cuando estuviera a punto de realizarse, se desvanecería su sueño como la niebla en verano.